

PLAN NACIONAL  
DEL LIBRO Y LA LECTURA  
José de la Cuadra



¡LEER ENCIENDE  
TU IMAGINACIÓN!

Educación General Básica  
Sexto grado  
Estudios Sociales



PLAN NACIONAL  
DEL LIBRO Y LA LECTURA  
José de la Cuadra



¡LEER ENCIENDE  
TU IMAGINACIÓN!

Educación General Básica  
Sexto grado  
Estudios Sociales

## Atahualpa

César Alarcón

Soberano del Tahuantinsuyo. Nació probablemente en Caranqui (provincia de Imbabura) el 20 de marzo de 1497, y murió asesinado en Cajamarca el 26 de julio de 1533. Hijo de Huayna Cápac y de la reina de Quito Paccha. Fue educado en el Cusco donde soportó desprecios por su origen mestizo. Hacia 1515 retornó a su tierra natal. Se destacó por su inteligencia, valor y energía. Fue el preferido de su padre, quien por testamento en 1526 le dejó el Reino de Quito, perteneciente a sus abuelos maternos.

Con su esposa Mama Cori Duchicela, tuvo varios hijos, siendo el primogénito Hualpa Cápac. En 1529 frente a la invasión del ejército inca de su medio hermano Huáscar con el propósito de anexar la tierra de los Cañaris al Cusco y conquistar el Reino de Quito, estructuró un ejército bajo la dirección de sus Generales: Quisquis y Calicuchima, que derrotaron a los invasores en las históricas batallas en Muliambato (Ambato), Molleturo, Tomebamba (Cuenca), Cusibamba (Loja), Cochahuaylla, Pombo (Bombon), Yanamarca, Angoyacu, Tavaray y Qupampay (Cotabamba).

Con su aplastante victoria liberó a los pueblos sometidos por el imperio incásico y asumió el trono de todo el Tahuantinsuyo. Atahualpa dirigió las primeras batallas y luego se quedó en Cajamarca, mientras sus generales Quisquis y Calicuchima terminaron de derrotar a los incas y apresar a Huáscar. En Cajamarca, según la versión tradicional, en noviembre de 1532 fue tomado prisionero por 160 españoles dirigidos por Francisco Pizarro, a quienes habría pagado un cuantioso rescate en piezas de oro y plata, para recuperar su libertad, a pesar de lo cual fue asesinado.

Sin embargo, las minuciosas investigaciones históricas del Dr. Luis Andrade Reimers revelan que en Cajamarca hizo amistad con los españoles, para cuyo rey reunió un rico presente de oro y plata, con el fin de lograr provechosas relaciones y mejoras

técnicas para su imperio. Ese tesoro desbordó la codicia de los conquistadores, quienes decidieron asesinarlo, para no entregar la totalidad del regalo al rey, sino tan solo la quinta parte, a pretexto de presentarlo como producto de una acción de armas de la conquista.

Tomado de Alarcón Costta, C. (2000). *Diccionario Biográfico Ecuatoriano*. Quito: Editorial Raíces.

**César Augusto Alarcón Costta** (1953). Escritor ecuatoriano. Entre sus obras se cuentan *Hegel y Marx en la Filosofía del Derecho* y *la Legislación Ecuatoriana*, *Los informales*, *Pensamiento y acción*, *Diccionario Biográfico Ecuatoriano*, entre otras.

## **Nafragio (fragmento)**

**Edmondo de Amicis**

Mucho tiempo pasó en silencio sepulcral. Todos se miraban con el rostro blanco. El mar, horroroso se enfurecía cada vez más. El buque se agitaba pesadamente. En un momento dado el capitán intentó echar al mar una lancha de salvamento. Cinco marineros entraron en ella. La barca descendió; pero las olas la volcaron, y dos de ellos se sumergieron, uno de los cuales era el italiano. Los otros, con mucho trabajo, consiguieron agarrarse a las cuerdas y volver a salir. Después de esto los mismos marineros perdieron toda esperanza. Dos horas pasaron y el buque ya estaba sumergido en el agua hasta la altura de las bordas.

Un espectáculo terrible ocurría entretanto en cubierta. Las madres estrechaban desesperadamente a sus hijos en sus brazos; los amigos se abrazaban y se despedían: algunos bajaban a los camarotes para morir sin ver el mar. Un pasajero se disparó un tiro en la cabeza y cayó boca abajo sobre la escalera del dormitorio,

donde expiró. Muchos se agarraban frenéticamente unos a otros. Algunas mujeres se retorcían en convulsiones horribles. Otras estaban arrodilladas junto al sacerdote. Se oía un coro de sollozos, de lamentos infantiles, de voces agudas y extrañas, y se veían por algunos lados personas inmóviles, como estatuas, estúpidas, con los ojos dilatados y sin vista, con rostros de muertos o de locos. Los dos muchachos, Mario y Julieta, aferrados a un palo del buque, miraban el mar con los ojos fijos, como insensatos.

El mar se había quietado un poco, pero el barco continuaba hundiéndose lentamente. No quedaban más que pocos minutos.

—¡La chalupa al mar! —gritó el capitán.

Una chalupa, la última que quedaba, fue botada al agua, y catorce marineros y tres pasajeros bajaron. El capitán permaneció a bordo.

—¡Baje con nosotros! —gritaron de la barca.

—Yo debo morir en mi puesto —respondió el capitán.

—Encontraremos un barco —le gritaron los marineros—; nos salvaremos. Baje. Está perdido.

—Yo me quedo.

—¡Todavía hay un sitio! —gritaron, entonces, los marineros, volviéndose a los otros pasajeros—. ¡Una mujer!

Una mujer avanzó sostenida por el capitán; pero cuando vio la distancia a que se encontraba la chalupa no tuvo valor de dar el salto, y cayó sobre cubierta. Las otras mujeres estaban casi todas desmayadas y como muertas.

—¡Un muchacho! —gritaron los marineros.

A aquel grito, el muchacho siciliano y su compañera, que habían permanecido hasta entonces petrificados por el sobrehumano asombro, despertados de pronto por el instinto de vida, se soltaron al mismo tiempo del palo y se lanzaron al borde del buque, exclamando a una: “¡A mí!”, y procurando el uno echar atrás al otro recíprocamente, como dos fieras furiosas.

—¡El más pequeño! —gritaron los marineros—. ¡La barca está muy cargada! ¡El más pequeño!

Al oír aquella palabra la muchacha, como herida por un rayo, dejó caer los brazos y permaneció inmóvil, mirando a Mario con los ojos apagados.

Mario la miró un momento, le vio la mancha de sangre sobre el pecho, se acordó: el relámpago de una idea divina cruzó por sus ojos.

—¡El más pequeño! —gritaron en coro los marineros, con imperiosa impaciencia—. ¡Nos vamos!

Y entonces Mario, con una voz que no parecía la suya, gritó:

—¡Ella es más ligera! ¡Tú, Julieta! ¡Tú tienes padre y madre! ¡Yo soy solo! ¡Te doy mi sitio! ¡Anda!

—¡Échala al mar! —gritaron los marineros.

Mario agarró a Julieta por la cintura y la arrojó al mar. La muchacha dio un grito y cayó; un marinero la tomó por un brazo y la subió a la barca. El muchacho permaneció derecho sobre la borda del buque, con la frente alta, con el cabello flotando al aire, inmóvil, tranquilo, sublime.

La barca se movió, y apenas tuvo tiempo para escapar del movimiento vertiginoso del agua producido por el buque que se hundía y que amenazaba volcarla. Entonces la muchacha, que había estado hasta aquel momento casi sin sentido, alzó los ojos hacia el niño y empezó a llorar:

—¡Adiós, Mario! —le gritó, entre sollozos, con los brazos tendidos hacia él—. ¡Adiós, adiós, adiós!

—¡Adiós! —respondió el muchacho, levantando al cielo las manos.

La barca se alejaba velozmente sobre el mar agitado, bajo el cielo oscuro. Ya nadie gritaba sobre el buque. El agua lamía ya el borde de la cubierta. De pronto el muchacho cayó de rodillas, con las manos juntas y con los ojos vueltos al cielo. La muchacha se tapó la cara. Cuando alzó la cabeza, echó una mirada sobre el mar. El buque había desaparecido.

Tomado de <https://bit.ly/2GBR0iR> (15/03/2019)

**Edmondo de Amicis** (1846-1908). Escritor italiano. Fue un novelista y autor de libros de viajes.

## El duende del zumbambico (fragmento)

Rina Artieda

Resulta que en una de nuestras aventuras, mientras yo abría y cerraba los cajones del mueble buscando una llave, sonó un clic y se abrió un compartimento secreto. ¿Te imaginas? En su interior había un botón redondo y grande; cada uno de sus dos orificios estaba atravesado por una cuerda dorada, ambas atadas juntas en sus extremos.

—¡Juli... encontraste un zumbambico! Lo vi en uno de los libros de mi abue —me dijo mi hermano cuando lo vio.

—¿Zumbambico dijiste? ¿Y... qué significa eso? —le pregunté mientras me entregaba el objeto.

—Es un juego, de esos de los tiempos del abuelo. Mira, creo que funciona así...

—¡Espera, ñaño! Creo que mi abuelito debería verlo primero.

—Miedosa, solo es un juego, mira: lo sostienes de las puntas y lo haces girar impulsándolo hacia el frente hasta que las cuerdas enrollen. Luego tiras de ellas para que el botón se desenvuelva.

Al instante, el zumbambico emitió un silbido casi musical, y sin que Mauro pudiera controlarlo, giró como loco. Los rayitos que se desprendían de sus cuerdas doradas formaron un bulto luminoso que, rápidamente, salió por la ventana. Entonces, mi abue entró y Mauro, asustado, corrió hacia él para soltar el juguete en sus manos.

—¿Por qué estás asustado, hijo? ¿Déjame ver? Pero si es... es un zumbambico con su botón de hueso y sus cuerdas de oro. ¡Dios mío! ¡Lo encontraron! —gritó emocionado.

—Mauro lo hizo girar abuelito; yo lo encontré, pero Mauro lo hizo girar... —dije asustada.

—Hijo, es muy importante que me digas si giraste el zumbambico hacia ti, o hacia el frente.



—Lo hizo hacia el frente —dije con seguridad, mientras mi hermano me hacía una mueca de fastidio.

—Y... ¿pasó algo más? —preguntó, mirándonos con duda.

Sin saber por qué, Mauro y yo ocultamos al abue lo del bulto de luz.

Desde entonces, en la casa sucedieron cosas raras: varias veces, sin que pudiéramos descubrir desde dónde, nos lanzaban canicas coloridas a la cabeza. Un día, cuando Mauro se ajustaba los zapatos, algo saltó sobre sus espaldas gritándole: “Primera, sin que roce. Segunda, que se te hunda. Tercera, rodilla en tierra, ja, ja, ja...”.

A mí, esa vocecita chillona me cantaba desde todo lado: “A la una sale la luna. A las dos suena el reloj. A las tres, viene el Andrés”. Por la madrugada, el travieso, porque así decidimos llamarlo, nos quitaba las cobijas mientras recitaba: “Buenos días sus señorías matantirun, tirunlá...”. Lo complicado era cuando sin ton ni son, como suele decir mi abue, sus lentes, libros o pantuflas desaparecían. Entonces las palabras “helado”, “frío”, “tibio” y “caliente” eran las que nos indicaban cuán cerca estábamos de encontrar las cosas hurtadas. Y cuando esto sucedía, aquella voz emocionada gritaba: “Se quema el pan, se quema el pan ...”.

El travieso nos hacía de las suyas, especialmente cuando escondía los huevos del desayuno tan solo para preguntar burlón: “¿Y qué es del huevito?” y el mismo se respondía: “se comió el padrecito”, mientras se le escuchaba atrancarse por tanta carcajada.

Lo vimos una sola vez, rapidísima: fue cuando lo encontramos en el dormitorio del abue cantando: “Hacen rin, hacen ran los madeiros de San Juan. Piden pan y no les dan, piden queso les dan hueso...” Claro, esa era la canción que el abuelo nos cantaba mientras nos mecía en sus piernas, hacia delante y hacia atrás. Esta vez, el duende estaba haciendo aserrín al abuelo mientras se dormía en la mecedora: “Piden melcocha y les botan a la cocha.” Entonces,

sin que podamos evitarlo, empujó con fuerza la silla y el abue, alertado por nuestros gritos, apenas avanzó a sostenerse para no caer. En su descuido, el duende, que se había olvidado de desaparecer, saltaba y aplaudía con júbilo repitiendo: “A la coooha, a la coooha...”. Asombrados, los tres lo miramos sin atinar qué decir. Cuando se percató de que estaba visible, se sonrojó como un tomate, chasqueó los dedos y desapareció.

Descubiertos en nuestra mentira, Mauro y yo contamos al abuelito sobre el bulto de luz que se había desprendido del zumbambico. Entonces, él nos contó lo siguiente:

—Ese zumbambico es el mágico regalo de gratitud que una sabia anciana dio a mi padre por exponer su vida para salvar la de ella. Cuando se lo entregó, le dijo: “El zumbambico encierra a un duende juguetón. Para liberarlo, deberás girar el zumbambico hacia fuera de ti. Es muy inquieto y travieso, por eso, para que se tranquilice, debes hacerlo regresar girando el zumbambico hacia tu cuerpo. Él te regalará la risa y la diversión de los juegos de niños.

—Pero el travieso es loco abuelito, no sabes todas las que nos ha hecho —dijo Mauro, mientras trataba de encontrarse los chichones que las canicas le habían provocado.

—Ja, ja, ja... ya veo, ya veo... —rio el abue.

—Y ahora, abuelito, ¿qué haremos con él? —pregunté.

—Lo mejor será hacerlo regresar al zumbambico; debe descansar después de tanta travesura. Mañana lo liberaremos para que nos enseñe todos los juegos que dejó inconclusos mientras les molestaba a ustedes. Eso sí, doy mi voto por piques con las canicas... ¡Que sea el primer juego de antaño que juguemos con él!

—¡No, otra vez con las canicas no! —lloriqueó Mauro agarrándose la cabeza mientras una divertida risa se le burlaba estruendosamente.

Tomado de Artieda, R. (2015). *El duende del zumbambico*. Quito: X Maratón del Cuento.

**Rina Artieda** (1969). Comunicadora social y escritora ecuatoriana. Ha publicado varios libros para niños. Fue editora de la revista Cometa y colabora con sus textos en Diario La Hora.

## El ángel de la guarda

Leonor Bravo

El niño no tenía pelota ni amigos. El niño estaba sentado en una silla de ruedas todo el día. Había sufrido un accidente y ahora esperaba una operación que le ayudaría a volver a caminar. Hasta tanto no salía ni iba a la escuela, porque temía que los otros niños se burlaran de él; y sí, algunos se habían burlado, pero otros no.

El niño sabía de fútbol, porque su madre cuando iba a limpiar las casas de otras personas lo dejaba con la televisión prendida y veía todos los partidos, y porque antes de que tuviera el accidente jugaba al fútbol con sus amigos del barrio. A la madre le solían regalar algunas cosas en los lugares en los que trabajaba, pero sobre todo papel que ella guardaba para vender, cuando tuviera mucho, por unos pocos dólares. Con tres periódicos completos bien amarrados con piola, el niño había hecho una pelota y se pasaba todo el tiempo que su mamá no estaba en la casa empujando la silla de un lado para otro, en el pequeño cuarto en que vivían, detrás de la pelota.

A la madre, cansada del trabajo, le molestaba el ruido; por eso, cuando ella estaba en casa, jugaba al futbolín sobre la mesa en la que comían. Con papel, palos de helados, goma y los colores del año pasado el niño había hecho los jugadores, eso sí, de verdad, pues había recortado los retratos de cada uno de los periódicos de deportes. No siempre los cuerpos correspondían a las caras y a veces se veían chistosos. El juego, que tenía hasta público hecho con la misma técnica de los jugadores, era siempre el mismo: la selección nacional contra España, pues a ese país se había ido su papá cuando él era un bebé, y todavía no regresaba. A veces, cuando no estaba muy cansada, la mamá jugaba con él, y los dos gritaban los goles a voz en cuello. Él, los de la selección nacional, y ella, los de España, que era siempre menos, porque la selección nacional del niño era tan buena que ganaba siempre.

Su jugador favorito era el Chucho Benítez, del que había hecho un retrato copiado de una foto de periódico, ya que se había muerto y él había visto el velorio y el entierro por la televisión. Sin embargo, seguía jugando en su equipo porque el presidente había dicho que los grandes jugadores nunca mueren. Casi siempre era el Chucho quien más goles hacía. El niño había oído que cuando la gente muere y ha sido buena en la vida, se hace angelito, y que cuando ha sido mala, se vuelve demonio. Por eso estaba seguro que el Chucho se había hecho angelito.

—Mami —dijo un día el niño—, desde ahora mi ángel de la guarda es el Chucho Benítez. Ella solo sonrió y siguió lavando la ropa, porque cuando las mamás están muy cansadas casi no escuchan lo que dicen sus hijos.

Tener de ángel de la guarda al delantero del equipo de la selección nacional es algo que puede hacer feliz a cualquiera, y más a él que le tenía una lista de pedidos:

—Operarse pronto para hacerse delantero de la selección nacional.

—Hacerse pintor para hacer los retratos de toda la selección nacional.

—Que la mamá se encuentre un árbol de billetes para que no tenga que salir a trabajar.

—Que el papá regrese pronto de España.

Por las noches, soñaba que el Chucho le contaba cosas de su vida. Ambos se reían cuando él recordaba cómo había roto toda la vajilla de su abuela a punta de pelotazos y cómo sus goles siempre iban a parar en el cuerpo de los pobres pollos del negocio de su abuela, a los que se tenían que comer antes de que se enfermaran de tanto golpe. Y a veces lloraban juntos cuando pensaba que a los dos los habían dejado solos sus papás.

El niño entró a la operación muy de mañana, pero antes, por la noche, le había pedido a su ángel de la guarda, que lo cuidara para que todo saliera bien, porque ya había oído decir al médico que era una intervención peligrosa. La cirugía duró muchas horas, pero el niño no se dio cuenta de nada. Se durmió con algo que le dieron los médicos para que no le doliera. Soñó que caminaba, también saltaba, hasta que llegó a un camino de nubes. Allí, sonreído, como siempre, estaba el Chucho con el uniforme de la selección y el 11 en su espalda...

Tomado de Bravo, L. (2009). *El ángel de la guarda*. Quito: Editorial Norma.

**Leonor Bravo Velásquez** (1953). Escritora ecuatoriana de libros para niños y jóvenes.

## Así era él

Ramiro Díez

El tipo era un negro grande, de un metro noventa, calvo, musculoso, que acompañó al Che Guevara en la Revolución Cubana. Era de los pocos, o quizás el único capaz de echarse al hombro una metralleta punto treinta y correr y trepar por el monte como un gato salvaje. Le decían El Capitán Descalzo porque nunca pudo aguantar botas o zapatos, o nada que se le pareciera. “Así, con la pata pelada me crié en el monte y con la pata pelada viví la revolución”, nos contaba.

Una noche cerrada, sin nada de luna, y con las tropas de Batista pisándoles los talones, porque apenas eran un grupo pequeño que se movía en las estribaciones de la Sierra Maestra, al Capitán Descalzo le tocó montar guardia. No era una tarea fácil porque,

para no dormirse después de un día de combates y caminatas, el vigilante debía tomar una granada, quitarle el pasador de seguridad, como si la fuera a lanzar en ese momento, pero lo que en verdad hacía era sostenerla apretada entre el pulgar y el índice para obligarse a estar despierto. Cuando se cansaba, con toda la cautela cambiaba la granada de mano, y así se mantenía con los ojos tan abiertos como un búho con insomnio.

Esa noche de octubre, cuando la mayoría ya dormía, el Capitán Descalzo, granada en mano, miraba al monte y atisbaba el palmichal aguzando los ojos y los oídos. Entonces vio sombras sospechosas. No hacían ruido, pero ahí venían, se movían. Algunas se arrastraban. Se estaban acercando. Era la tropa de Batista. Con el dedo índice de la mano izquierda en el gatillo de la metralleta punto treinta se las arregló para lanzar contra las tropas enemigas la granada que tenía en la mano derecha. Y sin esperar a que la granada explotara, soltó la primera ráfaga, barriendo, sin misericordia, y siguió disparando sin cesar.

La noche se llenó de gritos y explosiones. Los guerrilleros todos se levantaron y en medio de la oscuridad dispararon hacia la misma dirección, para luego replegarse sin ninguna baja. Al día siguiente enviaron una patrulla de avanzada, realizaron un movimiento envolvente, reconocieron el terreno y descubrieron que había sido una falsa alarma. “Si las tropas de Batista hubieran estado cerca, esto nos hubiera costado caro”. Así que cinco días sin comer fue el castigo que un iracundo Che Guevara le impuso al Capitán Descalzo.

Cuando le preguntamos a Lorenzo, que así se llamaba el Capitán Descalzo, cómo había sobrevivido al castigo, nos contó el resto de la historia. “El cocinero me daba de comer a escondidas del Che. Así me alimentaba. Y cuando a los cinco días el Che nos llamó a todos, y nos habló de la disciplina y la moral revolucionaria, me preguntó si yo había comido alguna cosa durante los cinco días. No me gusta engañar, pero en ese momento yo no podía hacer quedar mal al cocinero, así que le mentí al Che y le dije que no,

que todo este tiempo lo había pasado chupando caña y comiendo alguna hierba que encontraba en el monte. Entonces el Che estalló en gritos contra el cocinero, y se puso en evidencia: ¡Te dije, grandísimo boludo, que le dieras comida a escondidas mías! El cocinero volvió a mentir, para no hacerme quedar mal, y le dijo al Che: Le ofrecí comida, pero el Capitán Descalzo no quiso comer porque estaba castigado por usted, Comandante”.

Y concluyó la historia: “El Che volvió a hablar de la moral revolucionaria pero no pudo terminar la frase porque se le empezó a quebrar la voz, le empezó a faltar el aire por el asma, se puso a llorar como un niño, y me pidió perdón”.

Y cuando me contó esto, el viejo combatiente, el Capitán Descalzo, se puso a llorar.

Y yo también.

Tomado de Díez Velásquez, R. (2004). *Páginas con cierto sentido*. Quito: MYL.

**Ramiro Díez Velásquez** (1950). Economista colombiano. Ha sido catedrático universitario en Colombia y Ecuador, y ha editado y colaborado en distintos medios impresos del país y del extranjero. *Páginas con cierto sentido* es su primer libro.

## **Todos somos el cambio**

Ana Lucía Galarza

Érase una vez un grande y hermoso bosque donde vivían muchas ardillas muy felices. Una tarde de lluvia nació una ardillita que no era como las otras, era algo diferente: no tenía sus patitas traseras. Esto fue inesperado para sus padres, que no sabían qué hacer. Sintieron tristeza y reprocharon los designios de Dios. Sumidos en su nostalgia, se apagó su alegría y optaron por quedarse casi todo el tiempo en casa. A la pequeña ardillita le quitaron la oportunidad de socializar con otras de su especie, por temor a que se burlaran de ella o la avergonzaran por ser diferente.

Transcurrieron cinco años en que la ardillita pasó sola y triste, hasta que llegó el tiempo en que tenía que ir a la escuela. Sus padres tenían miedo de enviarle, pero la ardillita les pidió desesperadamente ir a su primer día de clases y, ante tantas súplicas, finalmente accedieron.

Llegó el gran día, la ardillita alistó sus materiales y fue a la escuela. Al entrar en su silla de ruedas se robó la mirada de todas las presentes, quienes no sabían cómo tratarla. Unas la miraron con lástima y otras con desprecio. Al ver esto, la maestra empezó una campaña de inclusión a las ardillas con capacidades diferentes, y así fue cómo todas las ardillitas de la escuela participaron en juegos de integración. Lo más emocionante fue que la ardillita, en su silla de ruedas, participó en todas las actividades, igual que las demás. Cantó, dibujó, jugó fútbol e hizo muchas amigas. Ese día fue el más feliz de su vida y ella descubrió que podía ser tratada por igual.

Desde ese día las ardillitas aprendieron que todas son importantes y que no importa la raza, las costumbres, el color del pelaje o si tienen capacidades diferentes; todas son valiosas y deben aceptarse, quererse y ayudarse entre sí para vivir en un mundo mejor e inclusivo.

Cuando la ardillita creció tuvo las mismas oportunidades que el resto, porque en Ardillilandia existía la ley de la Revolución Educativa e Inclusiva. Se graduó de psicóloga y desde ese día visita las escuelas con el siguiente mensaje: “El cambio de la sociedad depende de ti, cada granito de arena cuenta, pon el tuyo y construiremos un mundo mejor”.

Colorín colorado, ahora la ardillita es muy feliz y este cuento se ha terminado.



## Fray Perico y su borrico (fragmento)

Juan Muñoz Martín

Esto eran veinte frailes... Pues señor: esto eran veinte frailes que vivían en un convento muy antiguo, cerquita de Salamanca. Todos llevaban la cabeza pelada, todos llevaban una barba muy blanca, todos vestían un hábito remendado, todos iban en fila, uno detrás de otro, por los inmensos claustros. Si uno se paraba, todos se paraban; si uno tropezaba, todos tropezaban; si uno cantaba, todos cantaban. Daba gusto oírles trabajar. Uno serraba la madera, otro pelaba patatas, otro cortaba con las tijeras, otro golpeaba con el martillo, otro escribía con la pluma, otro limpiaba la chimenea, otro pintaba cuadros, otro abría la puerta, otro la cerraba.

Kikirikí, cantaba el gallo: todos los frailes se levantaban, se estiraban un poquito y bajaban a rezar. Tan, tan, tocaba la campana fray Balandrán: los frailes corrían a comer o a cantar o a trabajar. Todos rezaban juntos, estudiaban juntos, abrían y cerraban la boca juntos.

Fray Nicanor, el superior, era un fraile alto, seco y amarillo; tenía una larga nariz y unos brazos muy largos. De cuatro zancadas recorría el monasterio. Era muy bueno y tenía fama de sabio, aunque había otro más sabio que él, pues tenía en la cabeza metidos todos los libros de la biblioteca: un millón, poco más o menos. Le preguntabas los ríos de Asia y lo sabía; le preguntabas cuánto son ocho por siete y lo sabía. ¡Lo sabía todo!

Este fraile era fray Olegario, el bibliotecario, que tenía ciento y pico años. Estaba más arrugado que una pasa y más encorvado que el mango de un bastón. Tenía reuma y cuando llovía se le hacía más pequeña una pierna.

Los frailes se pasaban todos los días rezando, leyendo libros muy gordos, durmiendo poco, trabajando mucho. Había una imagen de San Francisco en la iglesia, y los frailes le tenían mucha devoción. Fray Bautista, el organista, un fraile pequeñito y vivaracho como una ardilla, tocaba en el órgano las mejores cosas que sabía.

Pero era un pesado. Había un fraile que se pasaba dando vueltas a la chocolatera todo el día. Hacía chocolate de almendras. Este era fray Cucufate, el del chocolate.

Fray Pirulero, el cocinero, era regordete y colorado, como todos los cocineros, y tenía los pies anchos. ¿Andaba de lado, como los patos, y tenía un gorro blanco en la cabeza. Pues déjate que fray Mamerto, el del huerto, ¡pasaba con cada brazada de zanahorias!... ¡Con lo que le gustaban a San Francisco las zanahorias! Pero del pobre San Francisco nadie se acordaba. Algunas veces le sacaban en procesión, le daban una vuelta por el pueblo y enseguida a casa.

Los frailes no jugaban nunca. Con trabajar les sobraba. Allá en el torreón estaba todo el día fray Procopio, el del telescopio; estaba calvo de tanto hacer cuentas y experimentos con frascos y líquidos. Un día mezcló bicarbonato, ácido sulfúrico y un poquito de lejía, y la que se armó. ¡Cataplum! La capucha salió por un lado, las sandalias por otro y el gato por otro, con el rabo chamuscado. Bueno, fray Silvino tenía la nariz colorada de tanto oler el vino, y los pies negros de pisar las uvas. Otro que trabajaba mucho era fray Ezequiel, el de la miel. Era un hombre dulce y hablaba muy bajito. Goteaba miel hasta por la barba. Las moscas le seguían por todas partes, hasta cuando se iba a la cama.

Punto y aparte era fray Rebollo, el de los bollos. Era el panadero. Iba siempre manchado de harina de pies a cabeza. Y qué frío debía de pasar San Francisco en el altar. El aire se colaba por debajo de la puerta como Pedro por su casa. San Francisco se metía las manos en los bolsillos cuando nadie le veía.

Tomado de <https://bit.ly/2LEkj5> (15/05/2018)

**Juan Muñoz Martín** (1929). Escritor español.



